



Religious Education Congress 2017
Mario Romero
EL EVANGELIO DE PABLO A U.S.A.
Session 8-57

EL EVANGELIO DE PABLO A U.S.A.

CARTA A LOS GALATAS

1. EL EVANGELIO. Pablo apela a la "verdad del evangelio" (Gál 2,14) para hacer reflexionar a los Gálatas. El evangelio aparece como un valor en sentido absoluto, ante el cual ha de ceder todo lo demás, incluso la vida de Pablo y su predicación. El evangelio participa de la trascendencia de Dios y en cierto modo la expresa. No existe otro evangelio, como tampoco ni existe otro Dios, ni otro Cristo (Gál 1,6-9).

El evangelio habla del Hijo de Dios hecho hombre (Gál 3,4), que muere por los hombres (Gál 2,20), haciéndoles participar de su muerte (Gál 2,19). La participación en la muerte del Hijo de Dios lleva también consigo la participación en su resurrección: el don del Espíritu, realizado por Cristo resucitado, hace que los cristianos participen también de su voluntad, hasta el punto de poder dirigirse a Dios con la misma confianza familiar que Jesús, durante su vida, se había reservado para sí (Gál 4,6 y Mc 14,36).

El evangelio no es "un producto humano" (Gál 1,11); pero está destinado al hombre. Pablo vuelve a pensar en su vida dentro de esta perspectiva: el evangelio, al que Dios le había destinado desde el seno de su madre (Gál 1,15), lo alcanza en un momento determinado de su vida, y la cambia por completo. Desde su primer encuentro con Cristo, Pablo se sentirá siempre relacionado con el evangelio que tiene que vivir y que anunciar. El evangelio se presenta a los ojos de todos como un don que se inserta en las estructuras culturales del hombre sin modificarlas previamente. No requiere ni ofrece una uniformidad gris y estandarizada; lo que exige y ofrece es la "comunidad" (Gál 2,9) del amor (Gál 2,10).

Lógicamente, **exige también una conducta coherente con esta visión abierta.** Esto no siempre resultaba fácil, especialmente para unas personas que, como Pedro, habían vivido siempre en un ambiente judío. Existía el riesgo de una vuelta al judaísmo —en el que cayeron de hecho los gálatas—, del que el mismo Pedro no siempre supo precaverse. Después de haber practicado en Antioquía durante algún tiempo la plena verdad del evangelio entrando con toda libertad en las casas de los cristianos de origen pagano, impresionado por las quejas de algunos, se echó para atrás. Pablo, intuyendo inmediatamente todo lo que podía suponer el comportamiento de Pedro, no dejó de reprochárselo públicamente (Gál 2,11-14). Es el famoso incidente de Antioquía. Pablo lo recuerda no como un simple hecho de crónica, sino como un ejemplo concreto de la novedad irreversible que es característica de la "verdad del evangelio" (2,14).

2. LA FE Y LA LEY. El evangelio es acogido mediante la apertura de la fe. Pablo contrapone constantemente la fe a la ley. En la carta aparece una puntualización: Dios ha tomado en serio la ley que ha dado. La ley exige que se la ejecute, con la pena en caso contrario de una sanción, que concreta e incluso expresa una maldición de Dios. Cristo, al morir en la cruz, tomó sobre sí, destruyéndolo con la destrucción de su vida física, este tipo de maldición (Gál 3, 10-14).



El fracaso en la ejecución de la ley, con el peso de maldición que suponía y que el hombre deseaba sacudirse de encima, impulsaba así, de hecho, hacia Cristo. En este sentido la ley fue como "nuestro pedagogo hacia Cristo" (Gál 3,24). Pero ahora ha perdido ya esta función: "Después de haber venido la fe ya no estamos bajo el pedagogo" (Gál 3,25).

3. LA VIDA DE HIJOS DE DIOS. Cristo, comunicando su Espíritu al cristiano que lo acoge y asimila a través de la fe, lo hace hijo de Dios: estamos aquí en el corazón de la teología paulina. Pablo recuerda este hecho: "Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; pues los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gál 3,26-28).

La situación de hijos, alcanzada mediante el bautismo, se desarrolla dinámicamente y se lleva a la vida concreta mediante la presión del Espíritu. Es precisamente esta vida según el Espíritu la que, leída adecuadamente en sus expresiones concretas, hace comprender que los cristianos son realmente hijos de Dios: "Y como prueba de que sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre! De suerte que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por la gracia de Dios" (Gál 4,6-7). A los hijos de Dios, que han dejado de ser esclavos, les corresponde de manera particular la característica de la libertad. Luego remacha esta misma idea en una perspectiva positiva: "Cristo nos ha liberado para que seamos hombres libres; permaneced firmes y no os dejéis poner de nuevo el yugo de la esclavitud" (Gál 5,1).

¿En qué consiste propiamente esta libertad característica de los hijos de Dios? Pablo, aunque está sin duda alguna influido a este propósito por el ambiente griego, no da de esta libertad una definición filosófica. La libertad es para él la capacidad de entrega del cristiano respecto a los demás: "Vosotros habéis sido llamados a ser hombres libres: pero procurad que la libertad no sea un pretexto para dar rienda suelta a las pasiones, antes bien, servíos unos a otros por amor" (Gál 5,13).

La libertad se contrapone a lo que Pablo llama "las apetencias de la carne" (Gál 5,16). La carne es, dentro del marco de la teología bíblica de la carta a los Gálatas, es el hombre visto en su realidad limitada, aunque no necesariamente negativa. Pablo traza una lista impresionante de las que él llama "las obras de la carne" (5,19). Se trata siempre del propio egoísmo erigido en sistema, que acarrea ya desde ahora consecuencias insoportables y excluye al hombre drásticamente de la perspectiva escatológica del reino (Gál 5,19-21).

El cristiano, hijo y libre, es guiado por el Espíritu. Como tal mantiene en toda su vida una conducta marcada por el amor: "Por el contrario, los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, generosidad, benignidad, bondad, fe, la fe que obra por medio del amor": Gál 5,6, mansedumbre, continencia" (Gál 5,22-23).



CARTA A LOS ROMANOS

En la carta se destacan dos bloques literarios, que constituyen las dos grandes partes en que se divide la carta. Después del saludo (1,1-7) y la acción de gracias (1,8-15), se enuncia el gran tema de fondo: el evangelio. Como la gran fuerza de Dios, que lleva a la salvación, en el cual se manifiesta “la justicia de Dios”(1,16-17). El tema se desarrolla ante todo de manera expositiva y reflexiva: La primera parte da forma al primer gran bloque literario (1,18-11,36). También el problema de los judíos (9-11) es visto en relación con su falta de aceptación del evangelio.

Sigue un segundo bloque literario (12,1-15,13), en el cual prevalece el tono exhortativo. Pablo ve el evangelio aplicado a los diversos aspectos de la vida. Una mirada más de cerca a la estructura literaria de cada una de estas dos partes permite entrar también en el mundo teológico de la carta.

TEOLOGIA

El argumento de fondo es el evangelio. Para Pablo, el evangelio, según lo explica con detalle en la carta a los Gálatas, es el anuncio de Cristo muerto y resucitado, el cual, como tal, se cruza en el camino del hombre interpe­lándolo personalmente y poniéndolo ante una decisión. Si el hombre acepta el evangelio mediante la apertura incondicional de la fe, se coloca en el camino de la salvación. Si, en cambio, se cierra al anuncio y lo rechaza, se coloca por el hecho mismo en el camino de la que Pablo llama "perdición". Pablo enuncia este argumento justamente al comienzo de la carta (1,16-17).

De este argumento unitario se desarrolla un abanico teológico que toca muchos aspectos de los más importantes del pensamiento de Pablo.

1.- SITUACIÓN DE PECADO. Pablo mira al hombre con un sentimiento de confianza y simpatía. Pero su capacidad de observación, sensibilizada por la familiaridad con el AT, no le permite hacerse ilusiones: el hombre es de hecho pecador. Hay en él como una insuficiencia radical, por la cual sus opciones, lejos de perfeccionarlo, abren como lagunas en su sistema. El hombre, al pecar, se auto limita.

Pero ¿qué es propiamente el pecado del hombre? Pablo intenta descubrir su raíz: hay una "verdad" (Rom 1,18), propia de Dios y comunicada al hombre, que éste tiende de hecho a sofocar (Rom 1,18). A consecuencia de esta extraña actitud, que debilita en un primer momento la relación con Dios y termina luego eliminándola del todo, el hombre no se encuentra ya en su mundo propio. Confunde a Dios creador con sus criaturas, cayendo en la idolatría; se desliza hacia una situación de comportamiento recíproco que Pablo no vacila en calificar de vergonzosa (Rom 1,26-32).

Este discurso, válido en sentido pleno para los gentiles, tiene aplicación también en el mundo judío. Los judíos viven en una situación de insuficiencia y son pecadores no menos que los demás, porque, a pesar de tener una ley dada por Dios, de hecho no sólo no la observan, sino que hacen incluso de ella



un título de orgullo personal, como un trampolín de lanzamiento del propio yo. Esta condición de insuficiencia pecaminosa asume proporciones históricas impresionantes: "Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios" (Rom 3,23). Hay en todos una privación, un vacío de aquella imagen, de aquella "realidad" (gloria) de Dios que el hombre, justamente en cuanto tal, está llamado a realizar.

2.- LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE. El evangelio le permite al hombre superar esta situación negativa, que de otra forma sería fatal y sin salida. Al acoger el anuncio, el hombre es bautizado, convirtiéndose así en cristiano. El bautismo establece entre el cristiano y Cristo un lazo estrechísimo de reversibilidad. La muerte de Cristo, con toda la capacidad de destrucción del pecado que le es propia, pasa al cristiano y lo libera de la pecaminosidad; la vitalidad típica de Cristo resucitado pasa igualmente al cristiano con toda la riqueza contextual que conlleva: el don del Espíritu, la filiación. Pablo, en el intento de unir en un solo hilo de comprensión en profundidad todos los elementos que van de la liberación del pecado a la vida según el espíritu típica del cristiano hijo de Dios, habla de "justificación" (dikaiosyne).

La justificación, como la entiende Pablo, es un equilibrio realizado por Dios, "justo y que justifica" (Rom 3,26), entre la que es la fórmula ideal del hombre —imagen de Dios en la forma de Cristo: Rom 8,29—y su realidad histórica. Podríamos decir que sólo la justificación actuada le permite al hombre realizarse plenamente tal como es. La justificación tiene lugar ya ahora, en el presente cristiano, pero sólo en estado inicial. El tan deseado equilibrio completo entre el proyecto de Dios relativo al hombre y su actuación concreta se podrá producir solamente a nivel escatológico.

Como don gratuito de Dios, la justificación ha de ser aceptada por el ser humano. Y la aceptación es, en sentido afirmativo y exclusivo, la apertura de la fe, mediante la cual el hombre acepta el evangelio sin condiciones. Lo que en el hombre precede a esta apertura carece de importancia. La apertura de la fe no es ciertamente fácil, de lo cual es una prueba dolorosa la actitud de los judíos, que no aceptaron el evangelio encerrándose en su justicia; ella compromete al hombre en una relación de confianza total, de vértigo, respecto a Dios, que es el único que posee el secreto de la verdadera identidad, de la "justicia" de cada hombre.

3.- EL COMPORTAMIENTO DEL JUSTIFICADO. Una vez que el hombre es liberado de su situación de pecado, ha recuperado su amistad con Dios y es guiado por el Espíritu, se encuentra en condiciones de expresarse como tal en un comportamiento nuevo típico del justificado. Ese comportamiento no es cuantificable en una serie de prescripciones y preceptos justamente porque, en cuanto comportamiento característico de los hijos de Dios animados por el Espíritu, está determinado por el influjo del Espíritu, que tiende a reproducir en el cristiano los rasgos específicos de Cristo.

Con este comportamiento el cristiano tiene autonomía respecto a lo exigido en el AT; además recupera, en un contexto nuevo determinado por el Espíritu de Cristo, todos los elementos positivos: "Nosotros, que vivimos conforme al Espíritu y no conforme a los bajos instintos, podemos practicar



la justicia que ordena la ley" (Rom 8,4). Pablo insiste entonces en la disponibilidad radical al influjo del Espíritu: "Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios" (Rom 8,14); surge una capacidad de amor, que sólo el Espíritu puede comunicar: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rom 5,5).

En particular, hay una acción misteriosa del Espíritu que integra y corrige el contenido de nuestra oración, encuadrándolo en lo absoluto del proyecto de Dios (Rom 8,26-27). La presencia actual del Espíritu en la vida del cristiano con la carga de dinamismo que comunica impulsa a mirar al futuro: "En la esperanza fuimos salvados" (Rom 8,18). Hay una espera, una tendencia hacia la plenitud escatológica que, pasando a través del cristiano, se derrama también en el ambiente físico: la plena libertad de los hijos de Dios se realizará al final de los tiempos y tendrá influjo también en el mundo físico, el cual, superando el estado presente, será transformado en proporción directa con la nueva condición del hombre (Rom 8,19-22).

PARTE EXHORTATIVA

El cuadro teológico de la vida según el Espíritu se ve enriquecido y precisado. Pablo exhorta ante todo, apelando directamente al amor de Dios que ha puesto en movimiento la salvación, a "que ofrezcáis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios; éste es el culto que debéis ofrecer" (Rom 12,1). Justamente esta actitud permanente de culto le da a la vida aquel sentido profundo, aquel valor de coherencia, aquella lógica que era una aspiración constante en el ambiente griego, y que en el fondo se encuentra en cada hombre. La vida adquiere sentido y valor en la medida en que es ofrecida a Dios.

La oferta de la vida a Dios no se desvanece en una actitud de un misticismo etéreo, y mucho menos saca al hombre de lo que es su realidad. La oferta prolongada por la vida se realiza —se apresura Pablo a precisar— con dos condiciones: la negativa a aceptar del ambiente en el que vive el cristiano aquellas propuestas de valores que van en sentido contrario al evangelio ("No os acomodéis a este mundo", Rom 12,2) y, positivamente, una renovación continua de la mente para poder captar, en lo concreto de la vida, la voluntad de Dios, siempre nueva ("Al contrario, transformaos y renovad vuestro interior para que sepáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto" Rom 12,2).

La recomendación más importante de la voluntad de Dios respecto al cristiano es "un amor sincero" (Rom 12,9). Participación y expresión del amor mismo de Dios, el amor del cristiano tendrá una apertura constante a todos, una disponibilidad y una capacidad de acogida sin límites, una creatividad gozosa. Lo mismo que el de Dios, el amor del cristiano no retrocede ante el mal: "No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien" (Rom 12,21).



La voluntad de Dios buscada en lo concreto de la vida impulsa al cristiano a mirar a su alrededor. Verá que vive en un contexto social determinado que, como en el caso de los romanos, está constituido también por una organización estatal, con una autoridad que es ejercida y que exige de todos contribuciones concretas. El cristiano mira de frente a esta realidad sin escapar verticalmente. Lo que la autoridad estatal, incluso pagana, exige para el bien de todos, encuentra al cristiano plena y activamente disponible (Rom 13,1-7).